

arte desde la tierra

ARTE

Santos Chávez: El arte desde la tierra

VIRGINIA VIDAL*

“...una conciencia del grabado como arte mayor, la idea del grabado como un original múltiple y no una técnica de mera reproducción...”

PEDRO MILLAR

Con esta cita iniciamos el catálogo “Canto al Rocío”, de Santos Chávez, en la Galería Anahuac, porque en escueta síntesis aquel artista expresa la afirmación del Taller 99 y la raíz de su reputación, poniendo énfasis en el “concepto del grabado como arte serial”. Según Pedro Millar: “Santos Chávez es el caso más elocuente de un artista al que el Taller 99 entregó la oportunidad y el clima en que pudo definir de un modo rotundo su vocación de artista gráfico. Dentro de la actividad del Taller realizó sólo una breve incursión en las técnicas del grabado en madera, medio enteramente afín a su temperamento y en que produciría una extensa y personal imaginería. A través de sus obras xilográficas, el Taller contribuyó a la revalorización de esta técnica en nuestro medio”.

¿Qué se sabe de la vida de un artista como Santos Chávez que para muchos conocedores de las artes gráficas debiera ya haber recibido el Premio Nacional de Arte? Otorgarle este galardón no sólo premiaría a un artista que merece el mayor reconocimiento por la calidad de su obra, sino también relevaría como se lo merecen las artes gráficas, no por olvidadas, menos significativas en el desarrollo de las artes visuales en nuestro país.

*VIRGINIA VIDAL: Periodista, escritora y crítica de arte chilena.

Santos Chávez nació en Canihual, pueblito de Arauco, el 7 de febrero de 1934. Su madre trabajaba un campo de trigo cuando lo dio a luz en la misma tierra. El varón esperado en una familia donde ya habían nacido muchas hermanas, creció en un hogar modesto, de puro trabajo. Cuando piensa que es muy sano y nunca ha sufrido operación alguna, lo atribuye a su madre que le dio de mamar hasta cuando él caminaba y correteaba por todas partes; también ella iba a mariscar y el mar los proveía del alimento cotidiano.

El azul es su color favorito, pues corresponde a la más profunda concepción espiritual mapuche, vínculo del hombre con la eternidad. Santos Chávez es descendiente de una abuela mapuche: su madre se llamaba Flora Alíster Carinao. Su padre quiso que aprendiera mapudungun, pero la madre se opuso. Para Santos, su dura infancia de niño pastor de cabras se entremezcla con sufrimiento, aprendizaje y enriquecimiento poético de la imaginación. Un aroma de arrayanes, boldos y ulmos, las espadas de las ñochas, buenas para tejer sombreros, la imponente estatura de las araucarias, puebla sus recuerdos: “Andaba con mi perro y se me aceleraba la fantasía cuando llegaba a una ciudad. La primera que conocí: Capitán Pastene, un pueblo muy lindo, limpio, con calles orilladas de cerezos”.

Los cuidados paternos fueron breves, pues el padre falleció cuando él tenía siete años y la madre, cuando él apenas había cumplido los doce. Siguió dedicándose al pastoreo de cabras y sólo podía ir a la escuela los días de lluvia, por orden del patrón.

A los catorce años decidió irse a Concepción dispuesto a trabajar de día y estudiar de noche. A los veinticuatro años se matriculó en la Sociedad de Bellas Artes de esta ciudad; primero practicó la acuarela y la litografía para dedicarse después de lleno a la xilografía. También pintó óleos y acuarelas, éstas las sigue realizando con técnica depurada, audacia de colorido y absoluta transparencia. Llegó a Concepción donde florecían las artes plásticas y los artistas ponían énfasis en obras que pudieran despertar la sensibilidad de todo espectador, fuera de una galería de exposiciones o del salón de un coleccionista, en lugares donde los seres humanos se aglomeran: era la ingente labor de los muralistas nacionales en una zona donde maestros mexicanos dejaron su poderosa impronta. Julio Escámez, Gregorio de la Fuente, autor del mural de la Estación de Ferrocarriles de Concepción (1941), eran conocidos en una ciudad donde ya sería famoso el mural de Jorge González Camarena, en la Universidad de Concepción (inaugurado en 1965). No lejos está la ciudad de Chillán, donde David Alfaro Siqueiros

y Xavier Guerrero pintaron los murales para la Escuela México. Santos Chávez se inició en el grabado en medio del ambiente estimulante de esta ciudad con Julio Escámez.

Luego, Santos se trasladó a Santiago y se incorporó al Taller 99, creado en 1956 por Nemesio Antúnez e integrado por Delia del Carril, Eduardo Vilches, Dinora Doudchitzky, Roser Bru, Luz Donoso, Florencia de Amesti, Juan Downey, Pedro Millar, Rodolfo Opazo, Ida González, entre otros.

Según Vilches, no había clase formal en el Taller 99: “funcionaba como un taller renacentista”. Libertad de expresión, respeto, confraternidad ligaron para siempre a todos sus integrantes.

A cuarenta años ya cumplidos de la fundación del Taller 99, corresponde un legítimo reconocimiento al papel que cumplió en el desarrollo de las artes gráficas nacionales. El Taller 99 logró algo nuevo: darle categoría al grabado, enaltecer las artes gráficas, transformar el grabado en obra de arte accesible al conocedor, al amante de la belleza, a la vez que permitir al artista vivir de lo que hacía. Antúnez testimonia: “Entonces comenzó a suceder una cosa que era notable, se comenzaron a regalar grabados en Chile, se comenzó a abrir un mercado. Artistas como Santos Chávez, Dinora y yo, empezamos a vender nuestra obra. No hacíamos las cosas para vender, naturalmente, pero se vendían. La gente las solicitaba; eran aceptadas”. En este diálogo, Millar acota: “Todo apunta a la formación de una conciencia acerca de la función del grabado, de su proyección social”.

En Santos Chávez triunfaron su tesón, su perseverancia y su lealtad a las raíces. Ya estaban lejanos los días en que fue expulsado de la escuela en dos oportunidades por su torpeza para manejar el lápiz, pues las manos endurecidas por el trabajo no le respondían. En el Taller 99 gozó de plena libertad para las técnicas del grabado y todas las formas de expresión, y de todos los participantes él fue el único en proseguir con la xilografía.

La técnica de la xilografía o grabado en madera corresponde al más antiguo de los métodos para imprimir. El grabado en Occidente posee una trayectoria precisa, iniciada unos mil años después que en China, cuando en Italia empieza a funcionar la primera fábrica europea de fabricar papel en 1370. Hacia 1445, Gutenberg inventó la imprenta y se introdujeron grabados en los libros, lo cual le dio un auge enorme a esta técnica. Su nobleza resulta del proceso de esculpir la madera para obtener, luego, de esas tres dimensiones entintadas una imagen bidimensional estampada en hoja

de papel sutil, menos vistosa que una pintura, pero de considerable valor artístico. En occidente, la emplearon desde Durero hasta Hokusai, Gauguin, Edvard Munch, los expresionistas alemanes de “El Puente”. Los europeos usaban maderas de rosal, peral, manzano y de incorruptible sicomoro. Santos Chávez usa coigüe, araucaria y otras maderas autóctonas y nos da a conocer su personal percepción del grabado.

“El grabado fue muy importante en nuestro continente en los años 64, aunque ya tenía una tradición respetable con el extraordinario maestro José Guadalupe Posada y, en Chile, con Venturelli, Escámez, Herмосilla Alvarez y Carlos Faz. Hubo bienales y grandes eventos sobre la gráfica. Había mucho interés por el grabado y se vendía. Fueron famosas las muestras expuestas en Brasil, Argentina, Uruguay. Esto duró hasta comienzos de los 70. Pero surgieron intereses oficiales premeditados por restarle importancia”.

Su grabado perfecto adquiere en ocasiones la categoría de un signo emitido desde otra galaxia. Dice que permanece fiel a la xilografía, porque esta técnica no deja nada librado al azar, no admite trucos ni permite tapar defecto alguno. Su amor al oficio le permite aceptar muchos desafíos y capturar la garúa pertinaz, la caída de una gota de rocío, el viento arremolinado, la tormenta, la paz de una noche estival. Será porque él es un hombre de intemperie, acostumbrado a escudriñar las estrellas, a apreciar la música del silencio y a estar en contacto directo con la naturaleza, bajo la tempestad, azotado por el viento o empapado de lluvia. Son los elementos y la conciencia de ser parte del tiempo y el espacio dentro del cosmos, sus alimentos terrestres y, a la vez, el humus de su imaginación creadora.

En 1966, el Taller 99 había realizado varias exposiciones dentro y fuera de Chile. Santos, a los treinta y dos años, ya era reconocido. Ese año, la Universidad de Chile le confirió su máxima distinción, el Premio de Honor “Andrés Bello”, por la calidad y singularidad de su obra. Dicho premio le permitió viajar a un país de su elección. Por cierto, partió a México. Esto se comprende mejor si se piensa que la historia del grabado en América Latina comienza en Tenochtitlán, donde los conquistadores fundan Ciudad de México. Allí, en 1530, se abre un taller de grabados donde se imprimen libros para el arzobispo. Ya en 1571 trabajaba en México un conocido grabador llamado Juan Ortiz. Dos siglos más tarde, el grabador Gerónimo Gil abrió una escuela que en 1795 se convirtió en la Academia de San Carlos y sirvió de ejemplo para las que se irían instalando en el resto de Latinoamé-

rica. En 1852 nace en México el maestro de maestros, José Guadalupe Posada. Después siguieron su huella artistas como Rivera y Orozco. Ya incorporado al ambiente de los maestros admirados, Santos Chávez trabajó en el Taller Fray Servando y recorrió el país empapándose no sólo de la obra de los artistas mexicanos sino también de la vida de sus habitantes. Comenzó a recibir invitaciones de diversas partes del mundo para exponer en prestigiosas galerías. Luego trabajó en el Pratt Graphic Center de Nueva York y en el Institute of Arts de Chicago.

Después del once de septiembre de 1973 comenzó a sentir un ambiente hostil y no aceptó una invitación del Ministerio de Relaciones para llevar sus obras a una exposición fuera del país. Pronto se vio obligado a exiliarse:

“Yo salí el 77, después que un mecanismo cultural del gobierno me llamó para representar a Chile en gráfica, en una exposición de Argentina. Respondí que no tenía obra satisfactoria y decidí irme. Fui a Venezuela, a España, a Alemania Democrática. No daban visa. En Alemania Federal, unos chilenos me dieron trabajo de mozo para servir las mesas en un restaurante. Estaba sin destino cuando Venturelli y Escámez se esmeraron en ayudarme para obtener la visa, pero Venturelli enfermó. Fui contratado de nuevo a la RDA para ilustrar una antología de cuentos chilenos. Empecé a postular la visa de residencia. Me costó mucho. Al fin, quedé. Fueron los alemanes quienes hicieron todo lo posible para que me quedara. Me dieron un taller estatal y pertenezco a la Asociación de Artistas de Berlín. Mis exposiciones comenzaron a tener gran acogida de la prensa y la televisión. Hasta aparecí en primera plana de los periódicos bajo el titular “Un araucano en Berlín”. Para mí, fue un honor exponer en la casa de Lucas Cranach. Conocí de primera mano la obra de Alberto Durero, de quien se conservan trescientas cincuenta xilografías, y por cierto, pude admirar también a sus discípulos”.

En Alemania también conoció a Eva, su actual esposa y mayor aliciente. Juntos regresaron a Chile. De aquella experiencia, Santos dice:

“Allá me compenetré de una antigua tradición de grabado, tradición viva que cultivan con maestría contemporáneos como Grieshaber (nos muestra una magnífica edición de *Residencia en la tierra*, ilustrada por este artista). Esa estancia en Alemania fue una rica experiencia. Ese país maravilloso me dio seguridad plena. Volví en 1994. De vuelta de Europa, me encuentro con que en Chile se mira en menos el grabado. La generación de ahora cree que soy mexicano... Me dieron por muerto durante mucho tiempo, y no faltó

quien me lo dijera. La noticia corrió dentro y fuera de Chile. Hasta ocurrió que llamé a un amigo desde París y me dijo: 'No te creo, ¡si estás muerto! Tendría que verte'. Entonces, partí a verlo a la ciudad donde se hallaba... Volví a Chile en 1994".

Con secreto humor este hombre parco cuenta sus desventuras y nos deslumbra con el vuelo de una flor o de una bandada de grullas. Su estancia en Europa la aprovechó además para apreciar los grabados de sus admirados maestros Goya y de Gauguin y para trabajar en el Graphic Work Shop, de Estocolmo, en 1978.

En 1997 preparó la muestra "Mi amada tierra", patrocinada por la Corporación Arrau y el Colegio Metropolitano de Periodistas. Entretanto, se exhibían en la sala de arte de La Chascona, Fundación Neruda, para ir después a Isla Negra y La Sebastiana, sus grabados para ilustrar los poemas de Neruda traducidos por Elicura Chihuailaf, selección titulada: *Todos los cantos. Ti Kom Ul*, primera traducción de Neruda al mapudungun.

Uno de sus más recientes trabajos, "Canto al Rocío", se contiene en una carpeta con seis grabados, seis originales: "El hombre y el espacio", "El rocío y el tiempo", "El mundo de alegría", "Geografía cósmica", "Rocío en la noche". Cada uno es un poema visual, expresión de la compenetración con la naturaleza, la ternura, la rica vida interior, la floración y el frutecer, la percepción del microcosmos y del macrocosmos. Este es el canto a la permanente creación del mundo y de los universos: canto nacido del hombre, recreación del artista en su tiempo y espacio con todo su rigor y su ineludible consecuencia.

En el pulcro taller, sonríe Marilyn Monroe sujetándose el albo vestido levantado por el viento; en las murallas cuelgan también un paño estampado de Alberto Herrera, con un buque manicero bautizado "Capitán Santos Chávez" y una reproducción de Chagall. Cuando le digo que vi en el Hermitage, en Leningrado, la primera exposición de Chagall, después de su largo exilio, por allá por 1979, un cuadro con la ascensión de una cabrita en un abigarrado paisaje, y entonces pensé en él, me respondió: "Es que Chagall también fue pastor de cabras..." En las poderosas nociones de la infancia surge uno de los vínculos que amarran a los creadores, por muy diversos que sean sus entornos y sus técnicas.

Santos extiende lo grabado en tenue papel japonés y otros papeles libres de ácidos: un sol atajado por los troncos centenarios, se titula "Cuando empieza la vida". El sabe cincelar la lluvia, el viento y el oleaje de los trigales.

Toda su fuerza imaginaria se arraiga en los para siempre perdidos bosques de la infancia. Su afán es ir a la esencia de las cosas, pero cree le va a faltar tiempo para cuanto quiere lograr. “Ser sincero, no imitar, hacer lo que uno piensa”, dice con sencillez Santos cuando admiramos un grabado donde la luna es blanco sobre blanco y una chivita corre por espacios siderales con todo su espíritu y toda su gracia en el “Sueño fantástico”. El no deja de crear, pues toda su fuerza imaginaria se arraiga en los para siempre perdidos bosques de la infancia, en aquella flora depredada, en los gigantes de la selva hechos astillas, en el monte echado abajo, pero vivos en su memoria.

Para este artista cuyas obras se exhiben en los más diversos museos del mundo, por ejemplo: en Nueva York, Museo de Arte Moderno, Metropolitano, Brooklyn; Instituto Smithsonian de Washington; museos de Río de Janeiro, Estatal de Berlín, de Leipzig, de las principales ciudades de Chile, el grabado tiene una vigencia permanente, más allá de modas y afanes de menoscabarlo, aunque esto no le impide admirar a grandes pintores chilenos como Oskar Trepte y Henriette Petit.

Con elegancia y limpieza graba la madera de coigüe; también le sirve la de araucaria y toda madera noble cuyas fibras no obstaculicen el trazo de la gubia. En orden, en el lugar preciso, todo al alcance de la mano, las gubias, partidores, cuchillos y rodillos; los tarros de tintas negra, azul y turquesa, el florero, las botellas de vidrios de los más diversos azules. De repente, emplea un sistema de tacos, a la manera de los antiguos chinos que los empleaban para hacer reproducciones perfectas. No usa prensa y para lograr la delicadeza de la línea emplea la técnica de la cuchara. Estas cucharas de palo las compra en algún mercado y luego las pule hasta dejarlas como la herramienta precisa. Nunca edita más de cincuenta ejemplares. Semejante trabajo es intenso y requiere gran concentración y cariño por el oficio. Cada copia es una obra en sí misma, como si fuese única, pues cada nueva impresión va revelando una variación de matiz, una tonalidad diversa, un detalle singular.

El grabado es más exigente que la pintura, pues no tapa defecto alguno. Para Santos, emplear la computadora en el grabado lo hace perder el fundamento humano. “Componer pensando” es su divisa y muchas veces se está en pleno proceso de componer cuando el cuerpo aparece inactivo y las manos reposan. Su afán es ir a la esencia de las cosas, por eso no se cansa de repetir: “El artista debe ser sincero, no imitar, hacer lo que uno piensa”.

En “Homenaje a mi pueblo” imprimió el azul antes que el negro y sobre el negro otro azul rebajado para que se fundiera. El resultado es de dramática

belleza. También ha asumido la responsabilidad de imprimir grabados de Carlos Faz, por recomendación del Museo Nacional de Bellas Artes y de Roser Bru, una de sus colegas del Taller 99.

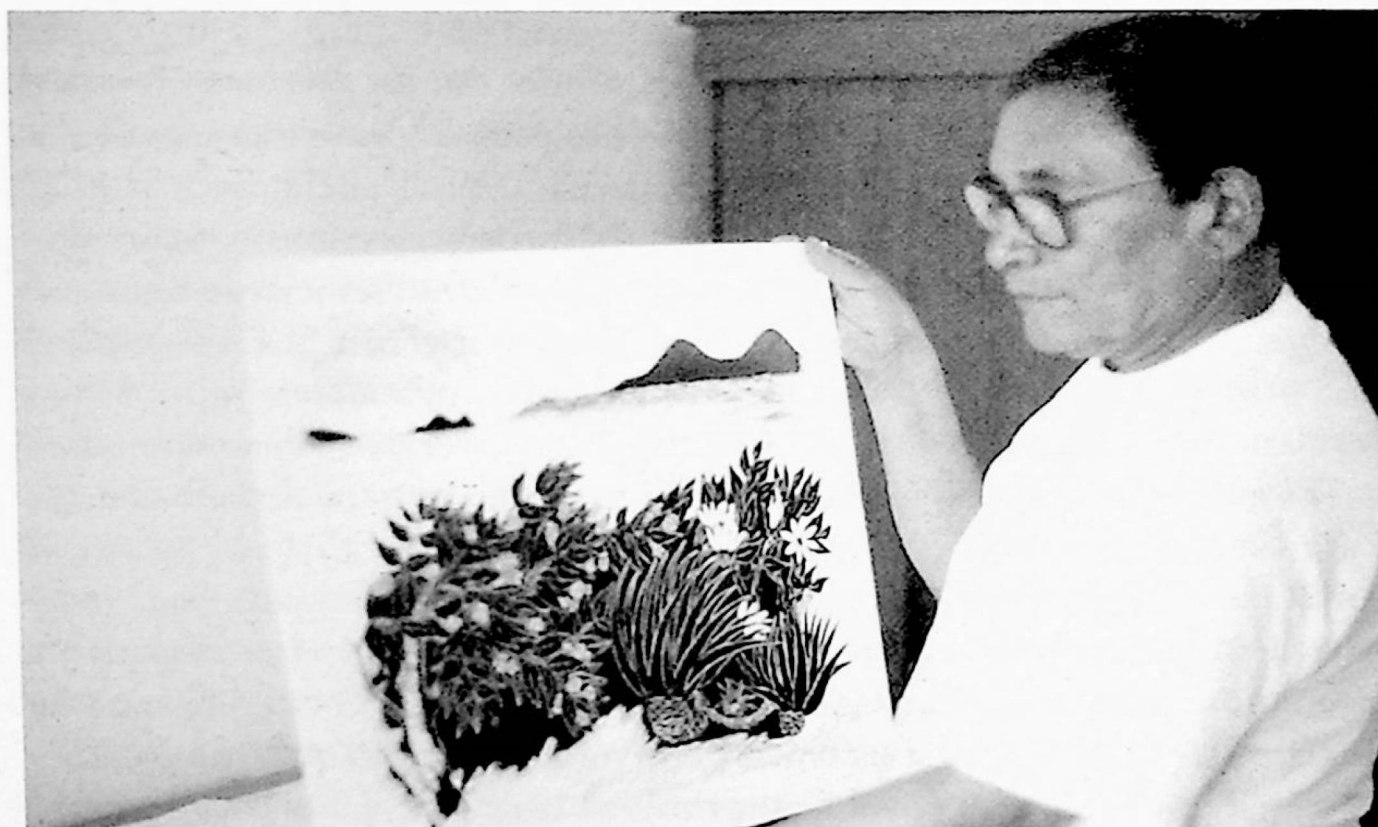
Ahora se prepara para rendir un homenaje a Saint-Exupéry, con motivo de los cincuenta y cinco años del nacimiento de *El Principito*. De vez en cuando, retoma la litografía, como lo demuestran unas aguadas sobre piedra. Mientras de una madera tallada saca una brizna, prosigue conversando: "Trabajo todo el día: de la mañana a la medianoche. El cuerpo reacciona y se enfrenta; no siento molestias. Estoy contra el tiempo. Me temo que no voy a conseguir parte de lo que quiero".

BIBLIOGRAFIA

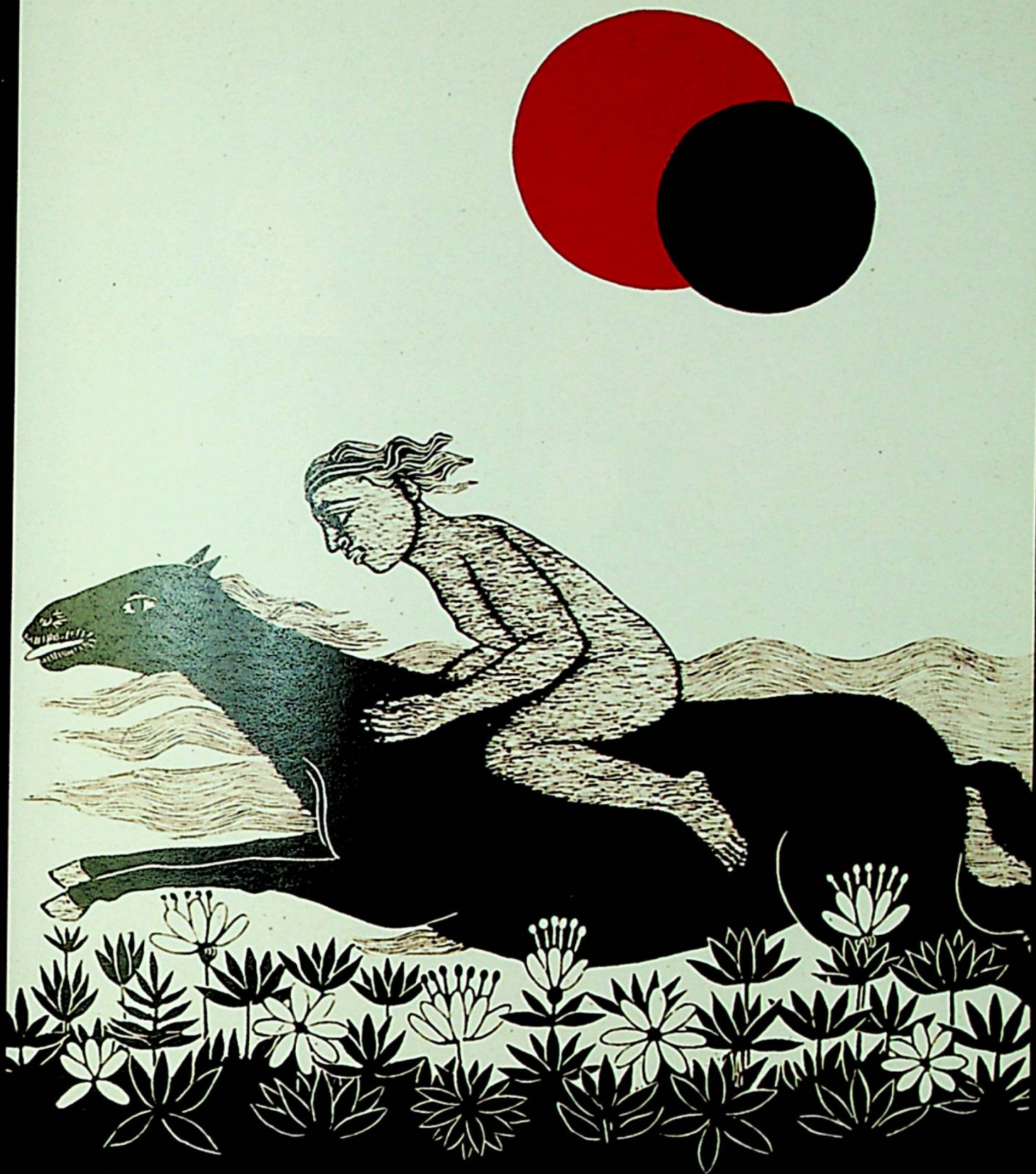
CHÁVEZ, EVA: "Realismo poético. Grabados". Sala Gabriela Mistral, Departamento de Programas Culturales de la División de Cultura del Ministerio de Educación, 6 marzo 1992.

MILLAR, PEDRO *et al.*: *Taller 99*. CAL Ediciones. 1982.

VIDAL, VIRGINIA: "Santos Chávez. Canto al Rocío". Galería Anahuac. Parque Metropolitano, 11 de octubre de 1997.



Desembocadura del Bío -Bío, grabado, en manos de su autor.



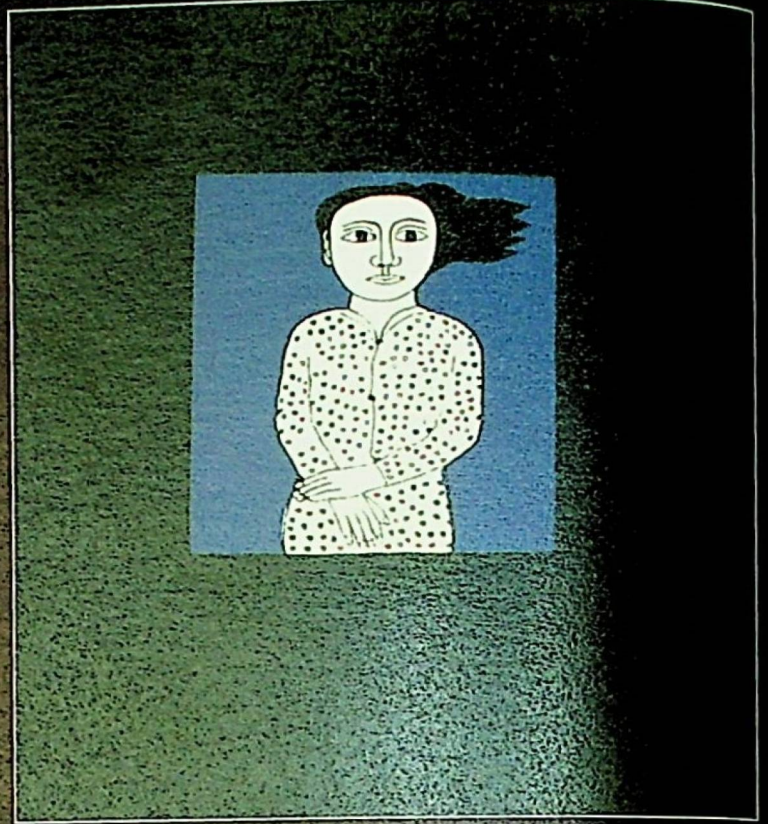
Manuel Rodríguez, grabado en madera.



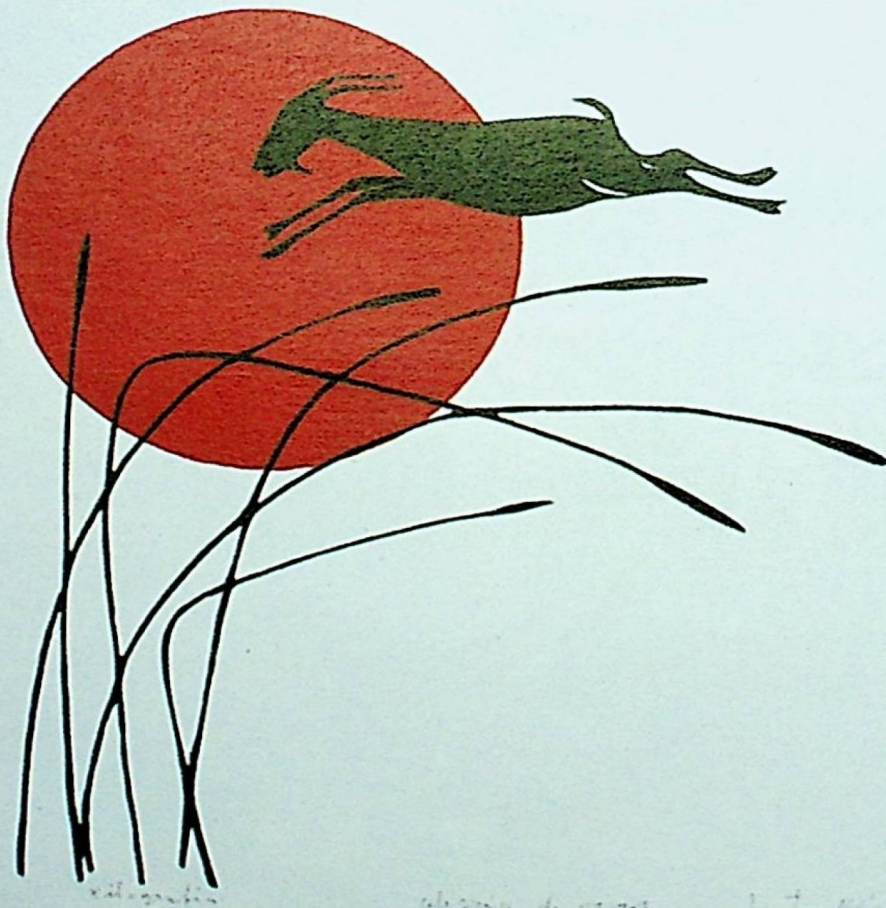
Mural en un patio de un kindergarten en Alemania.



Esperando, grabado en madera.



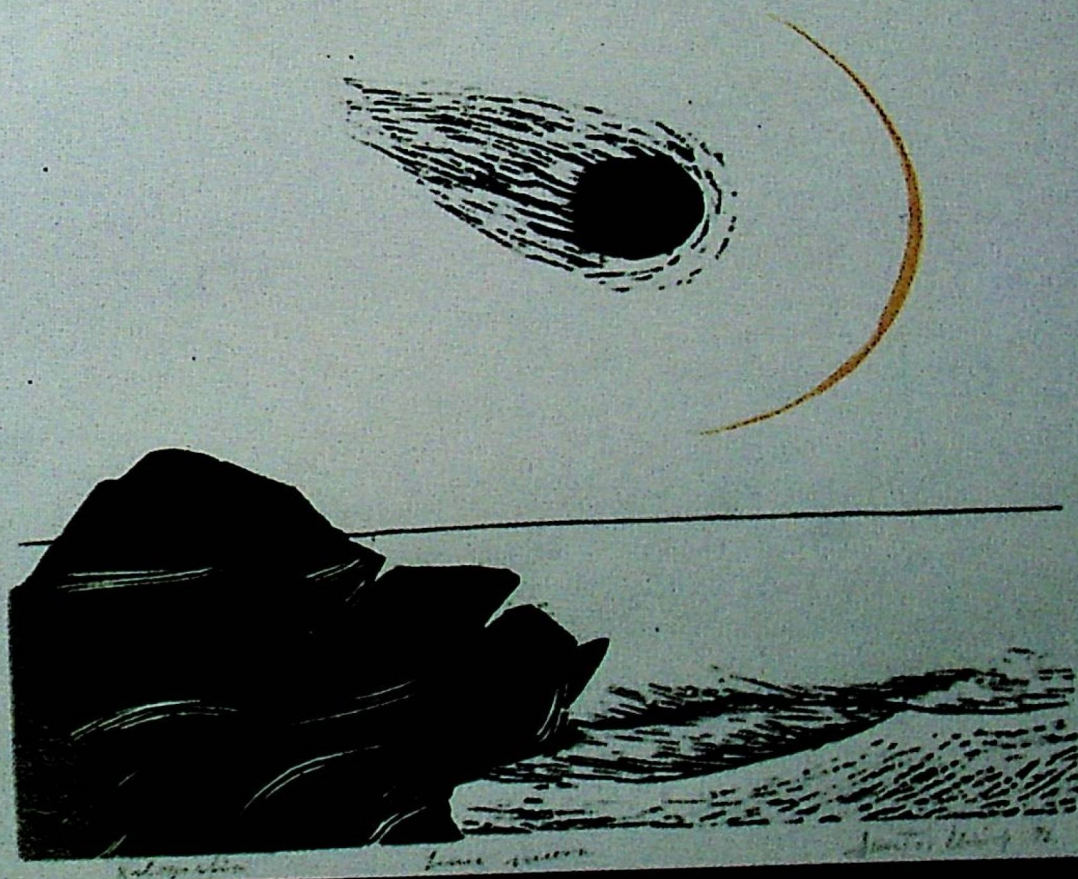
Ventana de la vida, grabado en madera.



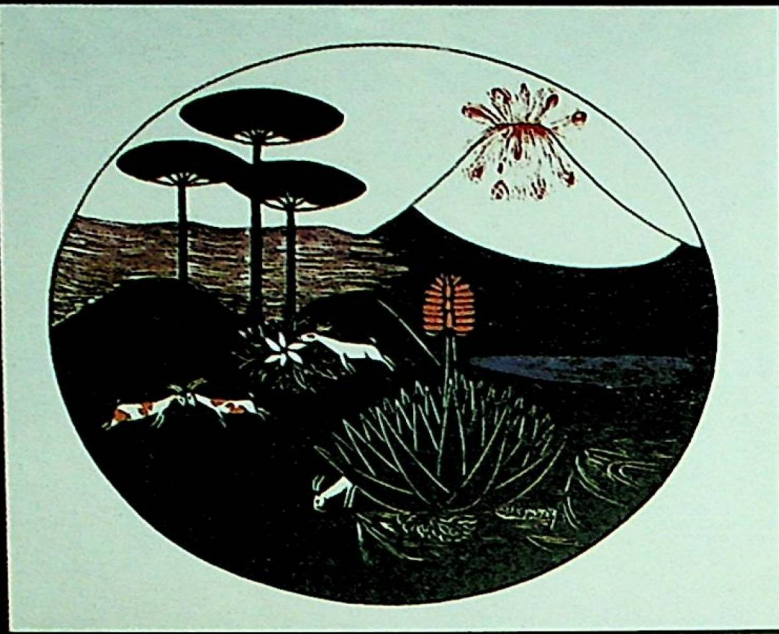
Alegria de vivir, grabado en madera.



Los amantes se van al cielo, grabado en madera.



Luna nueva, grabado en madera.



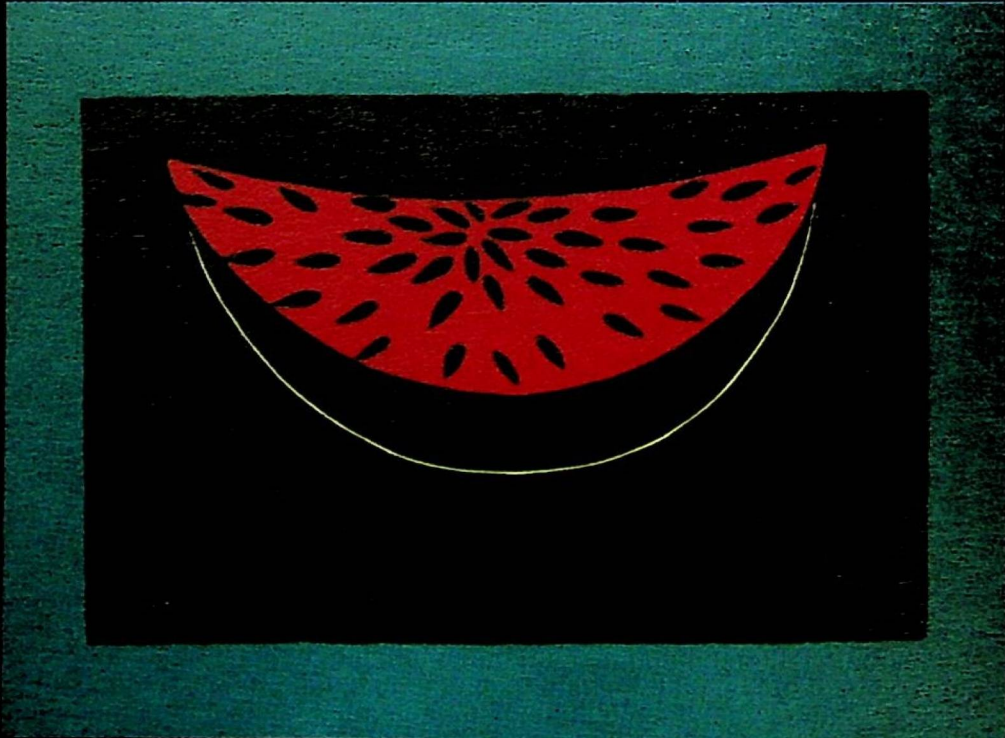
Tierra de mi infancia, grabado en madera.



Recordando a mi amante, grabado en madera.



Reflejos, litografía.



Mi dulce tierra, grabado en madera.